

LA BROMA.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Febrero 16 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... ó hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 18.

Ropa vieja.

Seis por seis son treinta y seis.

(TRADICION).

Al compañero de BROMA Miguel A. de la Lama.

I.

Doña Francisca Zubiaga, esposa del general Don Agustin Gamarra, fué mujer que, en lo política y guerrera, no cedía punto á Catalina de Rusia. Si en los tiempos del coloniaje nos gobernó, por diez meses, la virreina Da. Ana de Borja y Aragon, en los tiempos de la república, y como para que nada tuvieramos que envidiar á aquellos, tambien hubo mujer que nos pusiera á los limeños las peras á cuarto. Si la virreina logró organizar expediciones bélicas contra los piratas, Doña Francisca, en mas de una ocasion, supo vestir el uniforme de coronel de dragones y ponerse á la cabeza del ejército. La presidenta fué lo que se llama todo un hombre.

Parece que Da. Francisca no aguantaba muchas pulgas; pues es fama que, cuando la mostaza se le subía á las narices, repartía bofetones y chicotillazos entre los militares insubordinados, ó hacia aplicar palizas de padre y muy señor mio á los periodistas que osaban decir ¡habrá desvergüenza! en letras de molde:

La mujer solo manda en la cocina.

Pero si Da. Francisca no sabía zurcir un calcetín, ni aderezar un guisado, ni dar paladeo al nene (que no lo tuvo), en cambio era hábil directora de política, y su marido, el presidente, seguía á cierra-ojos las inspiraciones de ella.

A fines de 1833 hallábase reunida, en Lima, la Convencion convocada para dar sucesor á Gamarra, quien se interesaba en favor del general Don Pedro Bermudez. Doña Francisca manejaba los bártulos, y con tanta destreza, que el partido de oposicion casi perdía la esperanza de sacar triunfante á su candidato, que era el general Don José Luis de Orbegoso. Ochenta y cinco diputados formaban la Convencion, y Da. Francisca decía sin embozo que contaba con cuarenta votos de barreta ó sea representantes palaciegos, á quienes ella daba la consigna ú orden del dia, amén de los diputados cubileteros que no bajaban de doce.

Inútil es decir que el pueblo, como siempre sucede, simpatizaba con la oposicion. Las limeñas sobre todo, por antagonismo con la Zubiaga, que era hija del Cuzco, hacían cruda guerra á Bermudez, y trabajaban en favor de Orbegoso que era un buen mozo á carta cabal. La moda era ser orbegosista.

Los pueblos son puro espíritu de contradiccion. Basta que el gobierno diga pan y caldo, para que los gobernados se emberrechinen en sostener que las sopas son indigestas. Por lo mismo

que Gamarra era bermudista, el país tenía que ser orbegosista.

O hay lójica ó no hay lójica. Hable la historia contemporánea.

De moda estuvo ser vivanquista, en los primeros tiempos del Directorio; y castillista, antes de la Palma; y pradista, cuando la guerra con la madrastra; y baltista, en el interregno de Canseco; y pardista, cuando Dios fué servido; y huascarista, cuando los gringos vinieron en pos de triunfo barato y se hallaron con la horma de su zapato; y nacionalista ogaño. Ya veremos con que otro *ista* se nos descuelga en breve la moda.

Digresion aparte, llegó el viernes 20 de Diciembre de 1833, dia señalado por la Convencion para elegir Presidente provisorio, y desde que amaneció Dios andaba la gente de política que no le llegaba la camisa al cuerpo, y Palacio era un jubileo de entradas y salidas de diputados ministeriales, y el ejército estaba sobre las armas, y la oposicion tenía conciliábulos en casa de Luna-Pizarro y de Vijil, y la ciudad, en fin, era un hervidero, un panal de abejas alborotadas.

A las dos de la tarde, hora en que precisamente estaban los diputados haciendo la eleccion, asomóse Da. Francisca al balcón de Palacio fronterizo al arco del Puente, donde en un tiempo se leía en letras de relieve *Dios y el Rey*, leyenda que habría sido mas democrático reemplazar con esta otra:—*Dios y la Ley*. Pero es la cosa que á los Presidentes se les haría cargo de conciencia tener á esa señora *Ley* tan cerca de Palacio y espuesta á violacion perpétua, y cata el por qué mandaron poner la acomodaticia y nada comprometedora inscripcion que hoy existe:—*Dios y la Patria*.

Bobalicones! Concertadme esas razones.

Respiraba Da. Francisca la vespertina brisa cuando, en el átrio de la iglesia de los Desamparados, presentóse uno de esos buhoneros ó vendedores ambulantes que pululan en todas las capitales. Era este un pobre diablo, muy popular en Lima, que recorría la ciudad llevando una gran canasta, especie de arca de Noé, por la variedad de artículos en ella encerrados. Tenía nuestro hombre ribetes de consonanero, á juzgar por el siguiente pregon con que anunciaba la venta al menudeo:

Ovillos de hilo y agujas,
para las niñas bonitas y las viejas brujas;
tinteros de cuerno y plumas de ganso,
para los que tienen genio manso;
tijeritas y alfileres,
para que corten y pinchen las mujeres;
pañuelos de pallacate y de hilo,
para sonarse hasta echar el quilo;
medias, cintas y botones,
para cabras y cabrones;
frascos de agua de Coloña

para..... muestra
basta y sobra. Suprimo, por subidos de color, los demás versos del pregon. Viven en Lima muchí-

simas personas que los saben de memoria. Ocurra á ellas el lector curioso.

Doña Francisca oyó, sonriéndose, toda la retahíla, hasta que el baratijero paróse frente al balcón y, mirando á la presidenta, (que, entre paréntesis sea dicho, era bellísima mujer), la dirijió, no una galantería, sino esta grosera copla:

Seis veces seis treinta y seis,
Fuera de los nueve, nada.
La cuenta queda ajustada;
Gran p... ya lo sabeis.

La señora se retiró del balcón murmurando:— Ya te ajustaré otra cuenta, canalla—y añadió, dirijiéndose, segun unos al coronel Arrisueño, y segun otros á su mayordomo:—Seis por seis son treinta y seis! Pues que le den tres docenas.

Los criados de Doña Francisca se apoderaron del insolente, lo llevaron al patio de Palacio, lo ataron á un cañon ó poste y le aplicaron treinta y seis bien sonados zurriagazos.

II.

Pocos minutos despues llegaba á Palacio el coronel Escudero y participó á Doña Francisca que Orbegoso acababa de ser proclamado Presidente por cuarenta y siete votos.

Bermudez solo obtuvo treinta y seis votos.

El baratijero había ajustado bien la cuenta; pero no contó con que Da. Francisca entendía la aritmética del zurriago.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Febrero 7 de 1878.

La niña de la ventana.

¡Hombre! ¡Si ustedes hubieran conocido á la niña de la ventana! ¡Vaya una niña! No tenía ni dientes de nácar, ni lábios de coral, ni nariz de marfil, ni pecho de alabastro. Nada, señor; era una niña de carne y hueso. Pero ¡qué carne! Pero ¡qué hueso! Baste decir que un fraile setenton, que frecuentaba mi casa, vió un dia á la niña de la ventana y, terciando la capa blanca, (el fraile era mercenario), atravesó el patio cantando:

Si tuviera treinta ménos
Y esta muchachá me amara,
Hoy dejaba de ser fraile
Y me secularizara.

Con que, calculen ustedes lo que sería la niña de la ventana.

La susodicha niña, que contaría á lo mas veinte almanaques, era huérfana de padre y madre y viuda de marido, lo cual la hacía repetir siempre en tono de tórtola:

No tengo ya quien me quiera,
No tengo padre ni madre,
No tengo novio, marido,
Ni perrito que me ladre.

En esto último se equivocaba, porque, si es cierto que no la ladraban perritos, no faltaban lo-

bos que aullaran cuando la veían en su ventana, en las tardes de estío, cubierta de un limpiísimo traje blanco de gasa, peinada con sus dos hermosas y negras trenzas, que la llegaban hasta las corbas, y una de las crenchas tapizada con jazmines. La niña de la ventana no arrastraba colas ni gustaba trajes de seda ó terciopelo; pero, así cubierta de gasa blanca en verano y holán francés en invierno, valía ciertamente mucho más que algunos montones de cintajos, de flecos y de *apapillos* de los que cautivan á los conquistadores andantes de las calles de Mercaderes y de Espaderos.

¿De quiénes se componía la familia de la niña de la ventana? ¿De qué vivía? ¿Cómo adquiría lo necesario para vivir? ¿A quiénes no amaba? ¿A quiénes amaba?

Una india jaujina, de edad de diez y seis años, poco más ó menos; un perrito faldero, precioso ejemplar de su especie; un loro que rezaba la letanía en latín y un pájaro, llamado *guerequeque*, hé ahí toda la familia de la viuda.

La india era la jefe de policía de la vivienda; entre ella y su patrona tenían los muebles, paredes y suelo como una plata, y á horas de reglamento iba á la cocinera de ña Paula, negra bruja, pero excelente guisadora, á traer el pasto corporal para la familia.

La perrita servía de compañera y guarda de su ama; gruñía al ver personas desconocidas en la puerta y, si sospechaba algo de su moralidad les hacía un 7 en el pantalón, que algunas veces dejaba un 4 en la pantorrilla; servía además de objeto de las dulces caricias de la niña.

El *guerequeque* era lo que se llama, en economía política, un consumidor que nada produce y no tenía más ocupación que dar paseos por el cuarto, forrados los largos zancos en botas granaderas de paño grana, confeccionadas por la india.

Queda absuelta así la primera cuestión.

Vivía de lo que comía, cosa en la cual la niña no se distinguía, en nada, de todo animal manducante y viviente.

Así se absuelve la segunda.

En cuanto á la tercera, no había aún sido inventada la máquina de coser; las señoras ricas tenían, en sus propias casas, costureras; la profesión de modista era desconocida en Lima; así es que el único auxilio de las mujeres que querían vivir de la aguja, era la *ropa de soldado*.

Era por aquellos buenos tiempos comandante de artillería un cumplido caballero y afamado coronel cuya familia vive aún. El coronel conocía á la niña de la ventana porque ésta había pertenecido al cuerpo, es decir, su difunto marido había sido teniente en ese cuerpo. Convencido de su virtuosa y ejemplar conducta, la protejía dándole la preferencia para la confección de gorras de manga, pantalones, escaupines, etc.; y, para que no se molestara en ir al cuartel y exponerse á los *picholcos* un poco marciales de los artilleros, la mandaba los lúnes la ropa cortada y hacía recojer los sábados la cosida, cuyo importe era puntualmente abonado á la jaujina, que desempeñaba el papel de confianza de leal recaudadora.

Las únicas personas á quienes la perrita mecaba el rabo y de que se dejaba acariciar, eran los soldados que llevaban y traían costuras, como si conociera que á ellos debía en parte la felicidad de que disfrutaba, teniendo asegurados el domicilio, el alimento y el jabón.

La niña madrugaba; su primera diligencia era barrer, sacudir muebles, peinarse, dar de comer al loro y al *guerequeque*; y en seguida, mano á la aguja hasta la hora de almorzar. Después de esa distribución, vuelta á la aguja hasta las doce ó una de la mañana, en que esa pobre y delicada jóven iba á buscar, en la cama, el descanso de su maltratado cuerpo. Los domingos y días de fiesta, á las ocho de la mañana, estaba la niña en misa en la Iglesia de la Concepción; á las nueve iba al Portal á comprar un ramo de flores de á real, y el resto del día lo pasaba como los días ordinarios.

Jamás se vió á la niña de la ventana en alamedas, paseos, toros, teatros, etc., etc.

¿A quiénes no amaba la niña de la ventana? Prescindiendo del amor al prójimo en general, recomendado por el decálogo, puede decirse que la viudita no amaba más que á sus animales; pero, ántes que á éstos, á un sábio y virtuoso sacerdote, llamado el Doctor Romero, que vivía en una casa fronterá á la ventana de la niña. El Doctor Romero era un santo sacerdote en la extensión de la palabra: la virtud, la moralidad, la humildad, la caridad y la ciencia, eran las principales cualidades de ese digno eclesiástico, considerado como santo por todas las personas que lo trataron, y muy especialmente por un enjambre de beatas pobres con quienes compartía sus no abundantes recursos.

El Doctor Romero era el único hombre que tomaba asiento en el cuarto de la viuda que, de vez en cuando, le regalaba cuatro ó seis pañuelos de pariacate repulgados por ella, con sus motitas de seda verde en las cuatro puntas.

Si preguntaban á la niña quien era el Doctor Romero, contestaba: ¡Es un apóstol!—Si preguntaba á éste quien era la niña, respondía: ¡Es un ángel!

Pero como tal ángel, su mansión en la tierra no podía ser muy larga. Su género de vida y el trabajo recio y constante no podían menos que ir destruyendo esa delicada naturaleza; así es que poco á poco fueron perdiendo sus mejillas el color rosado; su fuerza se iba debilitando; ligeras fiebrejillas la retenían en cama dos ó tres días; una tos, al principio desecuada, se hizo tenaz y frecuente; y, por fin, un día la pobre niña entró en alarma y llamó á un médico. Este examinó á la enferma con mucho cuidado y cariño, formó su diagnóstico y pidió para el mismo día una consulta. Cuatro de los más acreditados médicos de esa época concurren á la consulta y el pronóstico fué fatalísimo, pues se declaró á la enferma atacada de tisis galopante. Desde ese día, el Doctor Romero se constituyó el enfermero de la niña: él iba á la botica, él preparaba las pocimas, él alcanzaba por sus propias manos las bebidas, etc., etc.

Al cabo de un mes fué preciso declarar á la enferma su estado para que se preparase á morir: no exhaló una queja; no echó una lágrima; tomó entre sus manos las del médico de cabecera y del Doctor Romero y dijo: «Que se haga la voluntad de Dios! Pero no me abandonen ustedes, que Dios se lo pagará!»

A la noche siguiente al día de esa tremenda sentencia, entraba al cuarto de la enferma el Doctor Romero con un jóven, como de veinticuatro años, que vivía en un departamento de la misma casa de este, es decir frente á la casa de la viuda.

Al verlo entrar, la enferma se incorporó todo lo que pudo, hizo sentar al jóven cerca de su ca-

becera, y guardó silencio unos cuantos minutos, al cabo de los cuales entraron á la habitación el médico y el protector Coronel de Artillería.

Entonces la enferma, sin emoción ni esfuerzo, se dirigió al jóven y le dijo:

—«Me ve usted moribunda y próxima á presentarme á Dios á darle cuenta de mi vida... Por consiguiente, nada hay de interesado ni de indigno en la revelación que voy á hacer á usted, y que solo puede arrancarme la presencia de la muerte. Hace años que amo á usted; como sé que es pobre y que lo que gana apenas basta para sostener á su anciana madre, he trabajado noche y día para hacer algunas economías; pero poco alcanza el trabajo de una mujer, y al cabo de algunos años solo he reunido trescientos pesos. Desearía morir feliz, ya que no he podido serlo en vida; cáese usted con este semi-cadáver para poder nombrarlo mi heredero y para que haya en el mundo dos personas que me lloren.»

El jóven no pudo articular una palabra; un torrente de lágrimas bañó su cara y, con un movimiento vertiginoso, arrastró, se puede decir, al Doctor Romero fuera de la habitación. La jóven no acertaba á darse cuenta de esa brusca salida y preguntó al médico:

—¿Qué le parece á usted, Doctor?

—Que ese jóven se casará con usted.

—Doctor, ¿pasaré esta noche?

—Sí, hijita, y algunas más.

—Gracias, Doctor. No me deje usted mientras vuelve el Doctor Romero.—

Como á las once de la noche, regresaron el Doctor Romero, el inter del Sagrario, el jóven novio y la madre de este, señora de edad muy avanzada. El Doctor Romero, con la actividad de un jóven, había corrido hasta alcanzar del Provisor la licencia para el matrimonio *in articulo mortis*.

Celebróse en efecto ese matrimonio á la luz del cirio fúnebre; fueron los padrinos el médico y la madre del novio, y la fiesta de bodas fueron las lágrimas arrancadas á los concurrentes por lo lúgubre del cuadro.

Al día siguiente, la niña recibió los auxilios espirituales, hizo su testamento declarando á su esposo su heredero universal y haciendo un legado de veinticinco pesos y de su ropa de uso á la india jaujina; encargó de palabra á su suegra el cuidado de la perrita y del *guerequeque*, y obsequió al médico la hora.

A los once días de casada espiró la niña de la ventana; su viudo gastó más del valor de la herencia en los funerales; y en la calle entera no quedó habitante de todo sexo que no echara una lágrima por el *Ángel de la ventana*, nombre dado á la niña por el Doctor Romero.—

Dos años han corrido. Un individuo, al parecer forastero, se presenta una mañana en la casa del médico con un paquete en cuyo lema se leía:

«Señorita D.^a I. S. Casa del Sr. Dr. F.

«Calle de la.....

«LIMA.»

El médico dijo al portador que la señorita había muerto, pero que su esposo servía como dependiente de una tienda del Portal de Escribanos y que á él debía entregarse el paquete.

El forastero expuso que á la misma hora iba á emprender su viaje y rogó al médico que le hiciera el servicio de retener el paquete, dándole un recibo, y de buscar al caballero viudo.

Así se hizo; y en ese mismo día abría el viudo

el paquete que contenía el testamento de un señor Don E. E., muerto en la Paz, que dejaba de heredera de una fortuna de mas de treinta mil duros á su ahijada Doña I. S., debiendo pasar la herencia á sus herederos ó sucesores, caso de haber muerto casada.

El viudo quiso renunciar la herencia; pero, así el médico como el Doctor Romero le dijeron que «lo que Dios mandaba como premio de las buenas obras, no se debía despreciar.» El Doctor Romero agregó:

—«Goce usted esa fortuna y emplee en buenas obras la parte que de ella queda; estoy seguro de que el *Angel* sonríe en el Cielo, en este momento, de ver feliz á su esposo.»

El viudo fué á Bolivia, recojió los intereses de la herencia; trabajó con honradez durante los pocos años que le quedaron de vida, pues murió á los treinta y tres años de edad, habiéndolo precedido su anciana madre. El santo Doctor Romero fué el encargado de distribuir entre los pobres los bienes de su hijo, así llamaba al viudo; y hoy vive, pero no en Lima, un hombre ya anciano cuya regular fortuna no tuvo mas origen que una limosna de cien pesos que le fué dada por el Doctor Romero, á nombre de sus *dos hijos* que, según él, estaban indefectiblemente en el Cielo.

El Doctor Romero murió en 1834. Para comprarle una mortaja fué preciso que contribuyeran sus amigos y conocidos. Bajo su almohada, que era un adobe forrado en un pedazo de jerga, se encontró un paquete de papeles que contenían tres testamentos y las cuentas de inversión de los bienes del viudo, que habían ascendido á veintitres mil pesos. En esas cuentas, todas documentadas, había un alcance, á favor del Doctor Romero, de diez y nueve pesos seis reales.

M. A. FUENTES.

Cuento tradicional.

DONDE SE PRUEBA COMO EL DIABLO ES UN EXIMIO
ARQUITECTO.

I.

El cuento que me propongo referiros, donosísimas lectoras y lectores, pertenece á aquellos buenos y cristianos tiempos en que el diablo andaba suelto, entretenido en jugar malas pasadas á la flaca humanidad, y su autenticidad (la del cuento, no la del diablo) está certificada por cronistas de la talla de Martínez Vela y el siervo de Dios Fray José de Yepes, predicador y protector de los indios del correjimiento y villa imperial de Potosí, de manera que habreis de tenerlo por cosa sucedida real y verdaderamente y creereislo como escrito por quien murió en olor de santidad muy pronunciado.

Para mas señas, era el año de 1591 y entró á gobernar la villa imperial, por S. M. don Felipe II, el general don Juan Ortiz de Zárate, del hábito de Calatrava, séptimo correjidor de Potosí.

Ved si las señas son mortales y si admiten gerónimo de duda, estando además, como están, escritas en letra de molde!

Pero dejemos los preámbulos y vamos al cuento.

II.

Corría el año de mil quinien... es decir, no era el año el que corría, porque lo que corría era un torrente con ínfulas de río que, al chocar en las

asperezas, recodos y pedrones del cauce, producía un permanente ruido prolongado por el eco de la doble fila de colinas, que formaban una larga y no interrumpida cadena á sus costados.

Pero no solamente corría, sino que corre ahora mismo, y seguirá corriendo mientras no se pare, el susodicho río llamado Yocalla, á cosa de treinta millas de la antigua villa imperial y hoy republicana ciudad de Potosí, cuya universal fama me ahorra la tarea de decir en qué punto del globo terráqueo se halla situada.

La quebrada de Yocalla es una señora quebrada, profunda, rocallosa, cenicienta, sembrada de enormes fragmentos de granito y adornada en todas las grietas y cavidades con ásperos cardos y rudas ortigas. Allí la naturaleza se mostró suegra y no madre y el viejo Eolo puso, para refresco de esas soledades, el mas crudo y sutil de sus vientos, que es como si dijéramos la tiple de su *elenco*, de tal manera silva colándose en los huecos y meneando la maleza.

En la parte mas angosta, se alza gallardo y atrevido el arco ovalado de un puente, cuyos cimientos se afianzan en las peñas y cuya ojiba parece lanzada al espacio por la mano de los Titanes, gente fornida que diz colocaba unas sobre otras las montañas para escalar el cielo y así diera á su proyecto felice cima, si el terrible Júpiter no les hiciera añicos con un rayo, en castigo de su atrevimiento.

Como que era una *lisura* ponerse en competencia con el que tiene el poder en la mano, cuando es sabido que á la postre ha de meterlo á uno en un zapato, porque el que manda manda, y...

Pero ¿quién me mete á mí en esas honduras, ni qué pepinos les importa los Titanes á los lectores de esta historia?

Cojo pues de nuevo el hilo de mi cuento y me vuelvo á mi puente, el cual era y es tan alto, tan gallardo, tan magestuoso y tan atrevido que no parece fabricado por humanas fuerzas; y en cuanto á su solidez, sirvan de testigo y fiador los doscientos ochenta y tantos años que forman los dos siglos y pico que van trascurridos, los cuales le han visto impassiblemente cabalgado sobre el río sin moverse jamás ni aún para las diligencias mas precisas.

Y eso, que le falta en el centro mismo del arco una de aquellas enormes piedras con que está fabricado y se ve desde lejos el hueco exactamente como si fuera el de un indino diente de tres raigones arrancado por el doctor Lince, ó por cualquier otro dentista, que para el caso viene á ser lo mismo.

Y reclamo toda vuestra atencion para este hueco, pues en él estriba todo el interés de nuestro cuento, como lo vereis probablemente si con santa resignacion seguís leyendo.

III.

Era el caso que en el pueblo de Yocalla, como á cosa de dos ó tres tiros de arcabuz del dichoso río, había un indio; es decir, había muchos indios, puesto que con uno no había de formarse pueblo; pero como no he de referiros la historia de todos, sino solamente la del héroe de mi cuento, dejo á los otros y sigo con mi susodicho indio, del cual dicen las crónicas que era el mas apuesto y gallardo mozo de veinte y cuatro años que se paseaba por aquellos contornos.

En el mismo pueblo había un Curaca muy ricote y bonachon y vivía en la apasible compañía de mi señora la Curaquesa, su esposa, india que

en mejores tiempos debió de ser un prodigio de hermosura á juzgar por lo que se trasuntaba de entre las 14 arrobas de carne que representaba su femenina humanidad; y mas se confirmaban esos barruntos al ver una preciosa india de 16 años, hija suya que diz era su retrato vivo.

Si sería linda la chica cuando era conocida por todos con el nombre de *Chasca* (*Lucero*) á causa de tener dos luceros por ojos, aparte de su redondo cuello, su enhiesto seno y contorneadas formas, cosas que vistas separadamente causaban mareos y en conjunto embriagaban con la dulce embriaguez del nectar.

¡Si tendría novios un semejante pimpollo! Como que se veía asediada por una legion de adoradores que pasaban la pena negra con sus desdenes á pesar de irseles todas las noches en tañer dulces flautas en los alrededores del hogar de su ingrato dueño.

Y no era porque en un cuerpecito tan remonono, se encerrara una alma fria y de cántaro, sino porque ya su corazón había sido herido por los harpones del amor, rindiendo vasallaje ante otro dueño, el cual venía á ser precisamente nuestro bello indio de 24 años llamado Calca, con quien trabamos conocimiento al princio de este párrafo.

Amábanse ambos como dos tórtolas, y mas de una vez la blanca luna había iluminado el delicioso grupo que formaban sentados sobre los rústicos poyos, enlazadas las manos, hijos de entreambos los dulces ojos cargados de ternura y anhelantes los pechos donde el corazón daba mil saltos, mientras el Amor batiendo sus alas los rodeaba de una tibia y voluptuosa atmósfera de felicidad.

Nada mas natural que el que el buen Curaca sacase á los chicos de cuitas y echase sobre ámbos la coyunda matrimonial; pero sobre que el padre de Chasca era noble, noble curaca, y tenía además un centenar de ovejas, doce yuntas de bueyes y algunas fanegadas de terrenos cultivados, había el que el bello Calca era pobre tributario, tan escaso de hacienda como grande de corazón, fuerte para el trabajo y diestro en el tañer de la zampoña y en el disparar peladillas con la honda.

Con todo y alentado por el amor de la espléndida Chasca, cobró brios el buen Calca y se fué en derechura al curaca para formular en toda regla una demanda matrimonial.

—No eres mas que un excelente chico, le dijo este, y mi hija, que es la mas dulce paloma de estas comarcas, no ha de pertenecer sino á quien se haga digno de merecerla, ya aumentando su hacienda ó ya dándole mayor lustre y valimiento.

—Un año os pido de plazo, al cabo del cual ó habré muerto y sereis libre para disponer de su suerte, ó habré alcanzado la doble condicion que exijis á quien haya de ser dueño de tan gran tesoro.

Y desapareció del pueblo, sin que nadie supiera su paradero.

IV.

Pasáronse los meses y la hermosa Chasca no cesaba de regar con sus lágrimas el mismo poyo confidente de sus dichas y en él renovaba todas las noches el juramento de no pertenecer á otro en tanto que viviera el dueño de su alma.

Asediábanla á mas y mejor los pretendientes, y no era el mas flojo el hijo del alcalde, mozo letrado que sabía leer, escribir y sacar cuentas, y que prometía ser, andando el tiempo, uno de los mas ricos propietarios del pueblo.

Al buen curaca le parecía una ganga el chico y á mi señora, la curaqueña se le iba el alma porque entroncaba con la chica; pero había una promesa de por medio y los indios son intransigentes en este punto.

Por esos mismos tiempos un español, llamado José Gutierrez de Garcí Mendoza, había descubierto las salinas que se encuentran á algunas leguas mas allá de Yocalla y que por ello se llaman al presente salinas de Garcí Mendoza, y había establecido allí un activo trabajo constituyendo en breve espacio una bien organizada población.

Jefe de los indios del trabajo era nada ménos que nuestro Calca á quien por el prestigio que habían sabido grangearle su sagacidad, su constancia en el trabajo y su valor en las ocasiones arriesgadas, había alcanzado del correjimiento su patron Garcí Mendoza el baston de curaca de Salinas.

Así, llorando Chasca, acariciando esperanza la curaqueña y reuniendo dineros Calca, esperaban todos el día en que espirara el plazo, mientras el hijo del alcalde y el buen curaca hacían las cosas de modo que el mismo día y sin esperar una hora mas, se realizara el enlace del alcaldito y la curaqueña.

V.

Era una noche de truenos, oscura como un antro; no se distinguía la palma de la mano y llovía á cántaros. De vez en cuando un relámpago rasgaba las tinieblas é iluminaba con una fatídica luz la agreste quebrada de Yocalla y el trueno llenaba los aires repercutido por los cerros cuyos peñascos parecían desgajarse con terrible estruendo.

De las colinas inmediatas se precipitaban, arastrando cuanto hallaban al paso, abundosos torrentes que en breves momentos tornaron el río en un verdadero brazo de mar invadible.

En una de sus orillas hallábase de pié un hombre. A la luz de los relámpagos se veía un semblante demudado por la mas honda desesperación.

Retorcíase el infeliz y en un rapto de suprema angustia: «¡A mí, espíritu de las tinieblas! á mí Satanás, rey del infierno!» exclamó con terrible acento.

Diez mil relámpagos brillaron en este instante, el abismo parecía abrir sus horribles fauces y un trueno mayúsculo estremeció los cielos y la tierra.

El diablo acudía á la demanda y tocando en el hombro á Calca, que no era otro quien lo invocaba: «hème aquí, le dijo, pide; pero debes saber que desde este momento me pertenece tu alma.»

Sacando fuerzas de flaqueza: «quiero, le dijo, que sobre este río construyas un sólido puente de madera que ántes del canto del gallo en la madrugada esté concluido; si lo consigues, sera tuya mi alma; en caso contrario.....»

«Se sobreseera en el asunto» añadió el diablo, que á fuerza de tratar con escribanos y jueces, les había aprendido su dialéctica, no perdiendo ocasión ni ripio para ostentar su erudición cartularia, y sacando un pergamino, estendió el pacto y puso su firma, invitando á poner la suya á Calca. Pero este puso una cruz por no saber firmar, lo cual visto por el diablo, le hizo dar un respingo dejando caer el pergamino al suelo.

Acto continuo se puso Satanás en obra. El mismo cortaba las piedras, las pulimentaba, hacía la argamasa, afianzaba los cimientos y trabajaba con una actividad diabólica.

Ya estaban colocados los cimientos, el aliento de Satan secaba las junturas de manera que no ofrecían solución de continuidad; ya se levantaba por ámbos costados una parte del arco: el diablo redoblaba la tarea, mientras el infeliz Calca, ya en plena conciencia de lo que le esperaba, miraba con terror que la obra llegaba á su término.

De súbito se sintió como movido por un resorte y cayó de rodillas, clamando con todo el fervor de su alma la ayuda del arcángel San Miguel, y las mas sinceras lágrimas de arrepentimiento inundaron sus mejillas.

En esto el puente se destacaba ya á la débil penumbra que, disipada la tempestad, aparecía anunciando la proximidad del día; no faltaba sino una pequeña parte del centro y el diablo sudaba y resudaba trabajando por doscientos. Calca escondió la cabeza entre las manos; pero ¡cosa mas singular! el diablo no podía levantar el enorme sillar que tenía cortado, pues pesaba como el mundo, y es que encima descansaba el glorioso San Miguel, invisible para el espíritu maligno.

Pugñó este por cortar otras y otras y todas pesaban igualmente de manera que se daba á todos los diablos de despecho. Hizo una nueva tentativa y la levantó al fin, se echó á caminar con ella á cuestas; ya la empujaba á su sitio, cuando se escuchó sonoro, magestuoso el canto del gallo.

Un terrible estampido resonó entónces, iluminando de amarillo y verde toda la quebrada; un olor de azufre y de betun se esparció por el aire, y los primeros rayos del día iluminaron el gallardo Puente del Diablo con la susodicha piedra de ménos, exactamente como se encuentra hasta el día.

VI.

Era un domingo y las campanas de la iglesia de Yocalla repicaban como si no hubiera infierno.

Las indias y los indios vestían de gala, y en toda la callejuela que conducía desde la casa del cura al templo, había de trecho en trecho arcos de molle y ramas de hinojo.

Los tamboriles y las gaitas sonaban en toda la extensión del caserío. Grandes columnas de humo denunciaban la presencia de los hornos donde se cocía el pan de la fiesta, y todas las muchachas casaderas con la phanta de lujo y el acsu plegado al talle luciendo sus exuberantes contornos, llevaban ofrendas á la casa de los novios.

Verdad es que todavía no he dicho que se trataba de un casório; pero ya lo sabeis y sigamos andando.

Una gran comitiva, presidida por el alcalde y el curaca, se puso en marcha, caminito de la iglesia. Entre muchas indiecillas de muy buenas barbas, iba la hermosa Chasca, triste, ojerosa, cabizbaja; y entre un grupo de jóvenes indios, iba no mas satisfecho y contento el hijo del alcalde que sabía leer, escribir y sacar cuentas.

Ya sabemos, amabilísimas lectoras, por qué iba triste ella; pero no sabemos por qué él iba triste, y no era sino porque nunca había conseguido ni una palabra afectuosa, ni una mirada de la que iba á ser su esposa. En realidad no la amaba porque era muy egoísta para abrigar tan noble sentimiento, y solo pretendía satisfacer su vanidad; pero se le hacía muy cuesta arriba el unirse á una mujer que no hacía en su vida otra cosa que llorar por otro. De manera pues que iba de

mala data y hasta hubiera querido que algun accidente diera al traste con la boda.

Llegó la comitiva á la puerta del templo en donde esperaba el cura revestido como en las ocasiones solemnes; pero cuando ya unía las manos de los dos novios, abrióse la concurrencia en dos alas y dió paso á Calca que llegaba sin poder apenas contener el aliento.

Un rayo caído en ese instante no produjera mayor efecto. El curaca emudeció; mi señora la curaqueña protestó; el alcalde imitó al curaca su hijo sintió una súbita alegría y el cura, juntando las manos de Calca y de Chasca, les dió la bendición nupcial, en medio del contento de los jóvenes concurrentes que se miraban unos á otros como diciendo: «si vosotros quisierais podíamos seguir su ejemplo.»

Después he sabido de buena tinta que los dos héroes de nuestro cuento vivieron felices y contentos y que la bella Chasca le obsequió á su adorado Calca con dos chiquillos como dos rollitos de manteca.

Entretanto lo que hay de positivo y firme es el Puente del Diablo, construcción cuyo origen nadie conoce, si no es por la conseja que he tenido la honra de contaros.

JULIO L. JAIMES.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

(Continuacion.)

PRUEBAS DEL CAPITAN TORO ESPADA.

(Conclusion.)

RECONOCIMIENTO.

Lima, en cinco de Febrero,
Se presentó un caballero;
Dijo ser, en cuerpo y alma,
Don Manuel Ricardo Palma,
Limeño puro, casado,
Per accidens abogado;
A quien tomé juramento
Con mucha maña y talento.
La carta llegando á ver
Que debe reconocer,
Poniéndose los quevedos,
Quiso hacer dos mil enredos
Eludiendo la respuesta.
Dijo: que persona honesta,
Como él se precia de ser,
No podia responder
A una pregunta inmoral;
Que él, como todo mortal,
Puede incurrir en flaqueza
Y hasta perder la cabeza
Por moza que es de su gusto;
Pero que no encuentra justo
Que, siendo un hombre casado,
Se haga notorio un pecado
Que diariamente comete
Aún la gente de bonete.
Apremió el Provisor
Y le dijo: Mi Doctor,
El que lo come lo paga;
Con que declare y no me haga
Que á Guadalupe le mande.
Con evasivas no me ande
Y diga U. si ó no:
¿Esta epistola escribió?
¿Es suya la suscripcion?
Esa es toda la cuestion

Y lo demás es panema;
 Con que, andando, ménos flemma,
 Que tengo mucho que hacer.
 —Pues me niego á responder.
 —Pues á la cárcel irá....
 —Hombre de mi *calidá*
 Jamás á cárcel entró.
 —Pues ahora lo mando yó
 Y alguna vez entrará.
 Diga, es su firma ?

—No sé.

—¿No sabe? Pues verá Usté
 Si soy un Juez de manteca
 Y si hago justicia seca.
 “Atento á que pudre el alma
 Con su rebeldía Palma,
 Y de la verdad se aparta,
 Dáse por buena la carta
 Y la firma por muy suya
 Aunque lo contrario arguya.
 Y por cuanto no resisto
 Que la autoridad que invisto
 Sea por nadie eludida,
 Mando que la órden se espida
 Para que Palma se chupe
 Tres meses de Guadalupe.”
 Palma quedó como frito
 De haber caído en el garlito,
 Y con semblante algo hosco
 Dijo:—Señor, reconozco
 Que aquella firma es la mia
 Y pido perdon á Usía.”
 Así el acto terminó
 Que dicho Palma firmó
 Para salir del aprieto.
 Ante mí—*Benito Neto.*

OTRO.

Acongojada y llorosa
 Se presentó la Ganosa
 Y, entre quejido y lamento,
 Prestó formal juramento.
 Principiando por decir
 Que ella no sabe escribir,
 Reconoció que esa carta
 Se la redactó un Peralta
 Del pueblo en que ella vivía
 Y era el mismo que servía
 De sacristan y escribano;
 Pero que encuentra inhumano,
 Por parte de Toro Espada,
 Usar de una arma vedada
 Para apoyar su defensa.
 Que ella considera y piensa
 Que así como *aguas corridas*
 Son ya las aguas perdidas
 Para mover un molino,
 Si presa de un mal destino
 Tuvo en su vida flaquezas,
 Antigüedades son esas
 Que en nada afectan al Toro;
 Que en su pecho un gran tesoro
 Se encontró de puro amor
 Pero siempre muy despierta
 No dejó la puerta abierta
 De su tierno corazón,
 Sino con la condicion
 De que á él se llegaría
 Por iglesia ó sacristía.
 Que nada probará Espada
 Con decir que fué casada
 Antes que con él lo hiciera,
 Pues una vinda es soltera
 Y no infrinje mandamiento

Si en un nuevo casamiento
 Busca á sus males consuelo;
 Que si permitiera el cielo
 Que sus primeros maridos
 Fueran por Dios recojidos,
 Pasaba siempre una vida
 De luto y muy afidiga.
 Cuando el capitán Espada,
 Viéndola desconsolada
 Quiso casarse con ella,
 Estaba vinda y doncella;
 Que aunque es cierto que ha tenido
 Un marido tras marido
 Del único enamorada
 Ha sido ese Toro Espada;
 Que tan mal le ha compensado
 El amor mas arraigado;
 Que ocasiones ha tenido
 En que estando indefinido
 No tuvo ni una levita,
 Y ella con su maquinita
 Ganaba el caldo y el pan
 Para ella y el capitán.
 Que repite que la esquela
 Que reconoce, no cuela
 Como prueba en ese juicio,
 Ni puede hacerle perjuicio
 El que la haya escrito ó no,
 Puesto que nunca se vió
 Que aquello que no fué en su año
 A ninguno haya hecho daño.
 No firmó por no saber
 Y ni una cruz pudo hacer
 Por ser tanta su emocion,
 Que el juez tuvo compasion
 Y la dijo: “Vete, hijita,
 Con Dios”; y una palmadita
 Dió en el carrillo á la niña,
 La cual con cierta risita
 Contestó: “Si una visita
 Quiere hacerme Useñoría
 Vivo por Jesus Maria
 Número noventa y tres.”
 Sonrióse el Discreto Juez
 Y ella añadió muy ladina:
 “Cerveza, queso y sardina
 Tengo yo siempre á la mano
 Para el juez y el escribano.”
 Así este acto concluyó,
 La Cornelia se marchó
 Y el juez se quedó en la puerta
 Con tamaña boca abierta.

OTRO.

Presentóse acto continuo
 Don Guillermo de Burné,
 Natural de la Inglaterra;
 Y cuando vió que intenté
 Recibirle juramento,
 Me dijo: Mi no comprende
 Que me hace por presta jura
 En lingua que mi no intende.
 Presentándole la carta
 Firmada *Belford Burné*,
 Dijo: Yo tiene virgüenza
 Porque escribe á ese mujé.
 Mi mucho quiso Ganosa,
 Pero su malo conducta
 Mi enoja é dejalo quiso
 Porque estuvo disoluta.
 Pero mi tiene muchacho
 Que ella parió para mí,
 Y entónce yo quiso mucho

Ese bonito bibí;
 Entónce, un día que ella
 Sale de mi alojamiento,
 Y mi supo que mas tarde
 Casó con Mister Sarmiento.
 Y despues que mi sabiendo
 Que el casamiento fué hecho
 Mi escribe esta carta mismo
 Que me hace el juez de derecho.
 Que lo dicho y declarado
 Es la verdá en su afirma
 Ratifica y reproduce,
 Corroborá, asienta y firma.

ESCRITO.

Digno Sr. Provisor,
 De jueces la nata y flor:
 Toro Espada el capitán,
 En el anheloso afán,
 De vindicar la honra mia
 Lastimada en este día,
 Por una manceba loca
 Que con su audacia provoca
 Mi enojo, parezco y digo:
 Que tengo, en Francia un amigo,
 Que por su alta condicion,
 Sirve en nuestra legacion,
 Y sabiendo que esa Vaca
 Paciencia y juicio me saca
 Con un proceso inaudito,
 La adjunta carta me ha escrito
 Cuya lectura desnucá
 Y hará erizar la peluca
 De Usía y del escribano.
 Conviene á la causa mia
 Que se cosa al expediente
 Y que se tenga presente
 Para que Usía en conciencia
 Pronuncie justa sentencia.
 Así es justicia que pido
 Tierno, postrado y rendido
 Ante esos pies tan clementes.—
 Toro Espada.—DR. FUENTES.

CARTA ACOMPAÑADA.

*Paris y Diciembre treinta
 5, Boulevard Magenta.*—
 Mi capitán tan querido:
 Llegó por acá La Broma
 Y veo que te han metido
 Un pleito como una loma.
 Por si fuere provechosa,
 Yo te daré por noticia
 Que conocí á la Ganosa
 En casa de la Fabricia:
 Ya sabes...esa muchacha
 Con quien hube de casarme,
 Hija del viejo Largacha
 Y que llegó á envenenarme
 Porque yo en la Exposicion
 Conversaba con Camila,
 La nieta de Encarnacion
 Y ahijada del Padre Pila.
 La susodicha Ganosa
 Entró en ese gatuperio,
 Y si no es por Espinosa
 Me mandan al cementerio.
 Ella preparó el veneno,
 Que yo inocente tomé,
 Me dieron raiz de centeno
 En infusion de café;
 Casi se me escapa el alma,
 Y á esa mujer delincuente

Por medio del mismo Palma
Acusé criminalmente.
Entonces la conoció,
Y aun abrigo mis temores
De que al fin me traicionó
Y entró con ella en amores.
El juez del crimen Bolaños,
Que no era juez papa-natas,
La mandó pasar tres años
De presidio en Casa-matas.
Mucho despues he sabido
Que esa mujer...no te espantes,
Envenenó á su marido
Y á mas de catorce amantes.
Si estos datos pueden serte
De algun provecho en el juicio,
Puedes tu de ellos valerte
Para probar cuánto vicio,
O mejor dicho, delito
Ha cometido ese sér
Que hoy te cuelga el sambenito
De haber sido tu mujer.
Adios; siempre fiel amigo
Y obsecuente servidor,
José Lorenzo Rodrigo
De Gonzales y Medor.

Variedades.

Los hombres políticos.

¿Estamos solos, caballeros?...

Han de saber ustedes, que hoy me ha entrado comenon de murmurar de los prójimos en general y de los hombres políticos en particular.

Exijo de los lectores la mayor reserva sobre todo lo que voy á decir; ya saben ustedes que explicita y terminantemente está prohibido en *La Broma* hablar de política.

Con que, queda convenido que ustedes no irán ante mis compañeros de redaccion con el chisme de que he sacado los pies fuera del plato.

Entre paréntesis (ó *entre parientes*): ¡cómo tiente todo lo prohibido!

Comprendo el pecado original. ¡Qué diantres! y todo el mundo lo comprende, se lo explica y algunos hasta lo envidian.

¿Para qué es eso de andar con farsas y mogigaterías? Cualquiera de ustedes, el mas lerdo y pacato, puesto en el caso de Adán, se habría comido, no digo una, cinco frutas como aquella que se manducó nuestro papacito.

No hay remedio. En cuestion de cumplir leyes, mandatos y prohibiciones, todos *somos frigidis*, y yo el número uno entre los de primera fila; á tal extremo es en mí característica esta flaqueza, que he llegado á convencerme, y no me cabe ni tantico así de duda, que he sido hecho expreso para gobernante.

Pero volvamos á nuestros carneros.

Pues como iba diciendo: hoy tengo el demonio de la política metido en el cuerpo, y digan lo que dijeren mis coredoctores, me tomo la libertad de echar una palotada á propósito de los hombres que se dedican á aquella.

¡Qué hombres y qué cosas tiene la política!

Si quieren ustedes una prueba del atraso moral y material en que nos encontramos por nuestros propios pecados, no tienen ustedes que hacer otra cosa sino considerar la turba multa de hombres políticos con que se ve favorecida esta nacion privilegiada y magnánima, que en efecto

muy magnánima tiene que ser para sufrir los golpes y reveses que le propinan sus hijos.

Ha cundido de tal manera entre nosotros la mania de politiquear, tan poco se necesita aquí para ser hombre político, y á tal perturbacion y algarabía hemos llegado, que todas las artes, todos los oficios, todas las carreras, inclusive aquella que cuesta cuarenta centavos en un coche de plaza, conducen á la vida pública.

Aquí todos nos hemos echado á la carrera, es decir, á hombres políticos, — es decir, se han echado todos, ménos este humilde servidor de ustedes, que todavía ignora á que sabe la *sopa boba* del presupuesto; miéntras que ¡pobre de mí! únicamente sé á lo que sabe, que es á cuerno quemado, el pagar contribuciones y el pato en todo lo demás;— todos los partidos adolecen del mismo mal, es decir, del sinnúmero de caballeros á quienes hay que contentar, y por eso es tan difícil gobernar en este país, y cada partido se divide en multitud de fracciones, de manera que tirando cada cual por su lado resulta que siempre andamos jugando á *picame Pedro que picarte quiero; quitate tú para ponerme yo*.

Desde hace ya muchos años, cada partido que es llamado al gobierno, ó se encarama el mismo en la poltrona, trae una larga cola de politiquillos de tercera, de cuarta, quinta y hasta vijésima fila, con mas boca que las tintorerías, dispuestos á comerse todos los presupuestos habidos y por haber.

Al ver como suelen llegar al poder ciertas nulidades, que en su vida han hecho cosa que valga dos centavos; señoritos que si tuvieran entendimiento como osadía, serían unos sabios, que dejarían anonadados á los de la Grecia y á los de todo el mundo ¿qué demonios ha de suceder?... que todo quisque se echa hoy á la política.

Es cosa que maravilla ver como se ha convertido en ciencia infusa la ciencia de gobernar, que á nuestros abuelos les parecía la mas difícil de todas, y que no se adquiría sino despues de largos estudios, de grandes conocimientos de historia antigua y moderna, de repetidos viajes de observacion y estudio á las demás naciones, además de una gran reputacion de patriotismo, honradez y virtud, necesaria é imprescindible en los que dirijen los destinos de un país.

¡Qué retrógados, que atrasados eran nuestros abuelos!

Hoy, en esta época de luces, las cosas pasan de distinta manera. Hemos llegado á tal grado de adelanto, que nuestros políticos lo que estudian es el arte de intrigar; y en cuanto á reputacion de patriotismo, rectitud de carácter y honradez intachable..... punto en boca, porque no me gusta meterme en la vida privada de nadie.

Y no digo nada de ese afán de medrar, por medio de la política, *causa causarum* de la situacion en que nos hallamos, y de que vengamos desde hace largo tiempo de mal en peor.

Los empleos públicos que debieran darse al mérito, á la esperiencia, á la laboriosidad probada, á los hombres verdaderamente útiles, se dan á cualquiera zascandido que tiene influjo y se le quitan con la misma facilidad que se le dán; así es, que ser empleado viene á ser como no ser nada.

Ningun gobierno puede ser ordenado, ninguna situacion puede ser beneficiosa para el país. Los ministros apenas tienen tiempo para trabajar por sus intereses personales; cuando empiezan á preocuparse por los de la nacion, ya están completamente desacreditados y en la terrible alternativa

de si renuncian ó se hacen los *suecos*, al clamoreo que de todos los centros parte contra su señoría.

¡Ay! Si en mi mano estuviera, qué pronto correría yo estos désaguizados de la política!

Y sino, escuche usted mi plan, lector apreciable.

Figúrese usted que una mañana me mandara llamar S. E. y que presentándome yo de punta en blanco en Palacio, me dijera:

—Hombre, hágame usted el favor de ser presidente del Consejo de Ministros y fórmeme un ministerio de lo fino.

Crean ustedes que en seguida aceptaría el encargo y estendería los decretos dejando cesantes á los ministros que encontrara en la poltrona, y aún puede que á cada decreto añadiera unos considerandos que habían de hacer que al otro día se arrebataran de las manos las gentes *El Peruano*.

Ahora hé aquí como organizaria el nuevo ministerio.

Ministerio de Gobierno, un hombre sabio é independiente; un hombre de quien se tuviera la seguridad que nunca habia de ser disparatado, ni abusivo ni desastroso.

Ministerio de Justicia, al que por mayoría de votos eligieran los abogados, maestros de escuela y curas de la República.

Ministerio de Relaciones Exteriores, un hombre de muchísimo mundo, sagaz ó inteligente, de aquellos á quienes no se la pega ni el mismo Lucifer.

Ministro de guerra, como ahora no estamos en gresca ni hay posibilidad de que andemos á linternazos con nadie, lo dejaría vacante. Cuando mas, por el bien parecer, se pondría en el ministerio una figura de movimiento, muy llena de entorchados y colgajos, que recibiera y repartiera saludos á derecha é izquierda.

Ministro de Hacienda, (¡aquí te quiero ver escopeta!). Capaces son ustedes de creer que mi candidato sería uno de esos financistas dulcamaras, que abundan tanto en la situacion. ¡Demonio! Nombraría al comerciante mas antiguo y probo del Perú, de quien nadie hubiera dicho jamás ni tanto así, y cuya vida hubiese sido un modelo de laboriosidad, economía y honradez, que es lo único que se necesita aquí para la prosperidad de la hacienda pública.

Formado así el ministerio establecería tales ó cuales reglas de gobierno.

Como por ejemplo, responsabilidad rigurosa y estrecha de todos los empleados desde ministro abajo. Que se haría *efectiva*, entiéndase bien.

Disminucion del ejército á lo muy necesario para el servicio de plaza, y licenciamiento de un monton de generales, coroneles, comandantes, etc.

Nada de coches ni lujos en palacio, gastos los muy indispensables y cuya lista se publicaria cada semana, así ella no constara de otra cosa que de la simple compra de un mango de pluma.

Ministro ó empleado que me anduviera con enjuagues y manipuleos, le metía en zapato y le tapaba con otro, y le bailaba un can-can encima.

Tampoco consentiría aquello de reparto de la golosina de los empleitos entre los de la familia.

Y no canso mas, pues si me pongo á detallar todo lo que yo haría en el caso supuesto no terminaría este artículo en todo lo que resta del año.

Basteles saber que yo tambien tengo mi plan de gobierno, que tambien aspiro á la categoría de hombre político, y así el que desee aprovechar

de mis servicios, aviseme por el *diario de avisos* y en seguida me presentaré con mis papeles debajo del brazo, dispuesto á comunicarle todo lo relativo á aquel.

¿Y?.....

Adios, señores, que no haya novedad, y cuidado con hablar mal de los gobiernos, que eso no se hace, niños.

B. NETO.

Una convalecencia criolla.

En el nombre de Dios Todopoderoso tengo que habérmelas con una familia del país obligada á tomar temperamento en el Barranco, á causa de una niña sangolotina que entre quince á veinte debe tener de primaveras. Segun Doña Candelaria, madre de Elenita, la muchacha padece de desvelos y saltos de corazon, desgaños y otros sintomas característicos de un mal de nervios. Acreditados facultativos, experimentados Galenos y viejas vaqueanas aconsejaron que sin pérdida de tiempo la niña transportara su palmito á mejor viento.

Madre é hija, con todas las exigencias y zarandajas de la moda y conducidas por el vapor en veinte minutos, levantaban polvareda por las callejuelas del Barranco en busca de un rancho en que albergarse por noventa dias.

La soledad del pueblo, la carencia de todo género de artículos de primera necesidad y los frecuentes viajes que tenían que hacer á Lima, fueron pesados en la balanza de los recursos pecuniarios; pero ante la salud nada hay que arredre y llegaron á tomar un ranchito de regular aspecto pero de pocas comodidades: el viaje tenia pues que hacerse á la criolla llevando en carreta y por el tren todo el menaje para establecerse en el campo.

Desde la vasija curada, el jarro de lata y los utensilios de cocina hasta el armónico piano tenia que ser trasportado, si bien los muebles finos con su respectiva papeleta en el wagon, todo lo demás á tiro de tucumanas y en carreta de *yantas anchas* segun la prescripcion municipal. Dos dias tardaron entre madre é hija para acomodar los baules, las petacas, las canastas de loza con la ropa sucia, y comprarse lo indispensable para cierto alojamiento que carece de agua y desagüe; y mientras la señora avisaba á sus amigas lo imprevisto de su viaje, la niña pasaba una circular á un dependiente de cintas y abalorios, á un empleado de estafeta, á un capitán indefinido miembro de todos los clubs, y que vivia de las intereses de sus deudas y á un bachiller en ciencias políticas y administrativas, mozo de triquin corto y lente de simple vidrio, aspirantes todos á personas de posicion social.

Una vez llegadas al Barranco y arregladas lo mejor posible, comenzó la vida de convalecencia y de baño y de noches tristes. La señora de cuando en cuando obligaba á Elenita, no á que tocara los vales que le eran insoportables, sino que eran la única música que á ella le agradaba. Un vecino, hombre sério y á quien la madre le habia encontrado algunas cualidades muy á propósito para amigo, como eran su edad, sus reales y su experiencia, que lo hacia un partido ventajoso, era por entónces el único visitante del rancho de Doña Candelaria: pero lo que de este disgustaba un tanto á la madre y muy mucho á la hija, era la aficion que tenia á los gallos, pues en la mañana lo veían en pantuflas y

mangas de camisa soplando buchadas de aguardiente bajo las alas, ya á un jiro papujo, ya á un aji-seco: «esta maldita aficion, decia Doña Candelaria, (para sí), no me hace agasajar á Don Zacarias, pues predomina en él de tal modo que no tiene en mucho la estimacion de una niña; y pero él en sus respectivas visitas hacia sus indicaciones, sino en términos muy literarios, sí con aplicacion de los *gallísticos*, que daban á entender muy claramente que se inclinaba ó á la *cochinchina* de la señora, por ser viuda y expedita, ó á la pollona arrimada á gallo de Elenita. La cosa no era clara, pero tampoco era oscuro que él se interesaba en la casaca y sinó júzguese por el párrafo que se le escapó en noche tal: «yo, mi Doña Candelaria, puedo asegurarle que desde que tengo cañones, no he tendido á la mujer alguna, porque no me ha interesado el corazon; pero ay! lo que si le aseguro es que hoy estoy enamorado hasta la cresta.»

Esto, en lo reservado de D. Zacarias, era mucho decir, y lo traducían ellas de la manera mas favorable para el porvenir.

Don Zacarias pasaba las noches ya entretenido en la loteria que se jugaba á centavo carton, y ni las ganancias causaban envidia ni las pérdidas eran dignas de lástima. El tenia la gracia de cantar los números con nombres, lo que daba risa y causaba mayor entretenimiento.

Doña Candelaria no era de las mas felices, pues que hacia virgo cuando D. Zacarias tenia ternos, así es que casi no se atrevía á comprobar sus quinanas.

Los tertulios no iban con frecuencia, pues casi siempre cuando estaba el capitán faltaba el empleado de correos y cuando este iba no se veía por lo regular ni al bachiller ni al otro, cosa que podría atribuirse á casualidad, pero nunca á la correspondencia que mantenía á hurtadillas Elenita con los ya mencionados galanes. Don Zacarias era el permanente y el mas temible para los otros que veían en él un poderoso rival por la deferencia de la madre.

El bachiller, mozo poco inocente y que conocía hasta los tres golpes de la cuculí, dió y cabó en poner fuera de combate al gallero; empleó para lograr este fin cuánto su ingenio le sujeria, y por medios ilícitos consiguió mandar á casa de Doña Candelaria á una mujer que, refiriéndole la relacion que tenia con D. Zacarias, hiciera porque esta le reconociera dos chicos que decia ella ser del gallero por palabra colgada.

La sorpresa fué grande, pero la señora le dijo no tener bastante confianza para tratar de estos asuntos; así que la cosa pegó y pegó tan de cierto, que con palabras maliciosas y sátira ponían al gallero en apuros, sin tener este la menor malicia de la trama que habia tejido el embustero bachiller.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, ni amor que no tenga fin, en esta vez ambas cosas pasaron en el pobre tertulio: llegó el santo de Doña Candelaria y allí se cumplió el plazo y tuvo su amor fin.

Desde las primeras horas de la mañana se sacudían las fundas de los muebles, algunas prendas quedaron rendidas á prision en cambio de salechichon y sardina, jamon y vino: el lunch se efectuó y concurrieron todos las tertulios, venidos de Lima. El Capitán, el Dependiente, el Bachiller, el empleado de correos y Don Zacarias: reinó la mayor animacion como que habia en el

rancho unas primitas de Elenita, por parte de padre.

Pocas veces se vé una junta de acreedores tan completa como la que tuvo lugar en el rancho: todos eran tales del corazon de Elenita, quien tenia por esta vez que emplear toda su diplomacia para que la cosa marchara sin dar lugar á un rompimiento; y asi hubiera sucedido, si llegada la hora del tren y burlándose ellos de la anticipacion de las primitas de Elena, no los hubiera de jado á ellos en el Barranco y marchado el tren con estas á Lima.

En el conflicto de hacerles cama en la sala y en el de las dificultades de no hallar en el pueblo donde pasar la noche, se iban algunas horas.

Casi comprometido Don Zacarias, vino en darles alojamiento en su rancho, pues les dijo que habia dos ó mas camas y que podrían acomodarse por una noche de cualquier modo. La Señora, en vista de esta amabilidad del gallero y aún cuando ya para ella y su hija habia decaído mucho, sabiendo que tenia hijos y mujer, le indicaron que le harian cama á él, ya que tan bondadosamente ofrecía su casa.

Todo se hizo así: el gallero durmió en la sala de Doña Candelaria y los cuatro mozos en casa del gallero.

Ellos poco agradecían la prueba de su hidalguía porque todos veían en él un amante feliz, y una vez en posesion de su propiedad, y por instancias del maldito bachiller, hicieron cazuela del mejor gallo y trataron la casa de Don Zacarias como la de un enemigo; hicieron pelear á varios gallos y con un tarro de pintura verde al oleo que habia preparado para pintar las galleras, convirtieron en loros á todos los gallos. Muy de madrugada emprendieron viaje y dejaron en la sala una décima en una mesa de centro, que decia:

Victima de una coqueta,
Llegamos á reunimos,
Y quisimos persuadirnos
De si era mujer discreta:
Como era cosa secreta
Lo que á todos nos dijo ella,
Tan infame como bella
Y como ruin su manejo,
Compadeecemos al viejo
Que se alza con tal doncella.

Por el estilo y la letra se comprendía que era cosa del bachiller, que era el mas ardiente y encarnizado enemigo.

En la puerta de la gallera habia otra con la letra del capitán.

Para que, viejo, te duela
Dormir fuera de tu agujero,
Contempla, viejo ternero,
La ruina de tu gallera:
El de casilla primera
Hecho en cazuela, cenado,
Yá está por todos mascado
Y muy pronto dijo:
Y en loros se han convertido
Los demás que hemos pintado.

Cual sería el asombro del Sr. D. Zacarias al ir á dar las mañanas á esta tropa de badulaques y al encontrarse con aquel tremendo destrozo de su rancho.

A esto se agrega que, en vista de lo que maliciaba de los mozos y de las atenciones que habia notado de todos ellos en la noche, se habia decidido á quedarse, aprovechando así una oportunidad para hacer su declaracion; pero solo habia hallado el reproche de la madre y de la hija que creían en realidad que el tenia compromisos anteriores; y aún cuando el trataba de aclarar mucho este punto, en su entrevista, solo con ellas, la vieja

no se andaba por las ramas y la muchacha se negó en lo absoluto.

Dos días despues, las carretas á la puerta de Da. Candelaria daban fiel testimonio de querer alejarse del Barranco, no llevando los mejores recuerdos de él.

En pocas convalecencias de la gente criolla, no hay algo que recordar, alguna anécdota como la de Don Zacarias.

V. MÉRIDA.

Kaleidoscopio.

Cosas del tiempo.

I.

Niña, si al salir de misa
Te siguió el pícaro Eustaquio,
Y que quieras ó no quieras
Entró contigo á tu cuarto;
Y te juró amor eterno
Y haciendo con las dos manos
Cinco cruces con los dedos
Creíste á puño cerrado
Cuanto de bueno te dijo
El muy práctico en lo malo;
Que del dicho pasó al hecho,
Puso su labio en tu labio,
Y tú, confusa, corriste
Dejando hasta los zapatos,
Consuélate, buena niña,
Que á muchas pasó otro tanto.
Desde Adán hasta la fecha,
Este mundo es un fandango,
Y el que no baila es un tonto,
Y...hay mil refranes al caso.
Tanto vá el cántaro al agua,
Hasta que se rompe el cántaro.
Y á mal que no tiene cura,
Buena cara y aguantarle,
Que llorar por lo perdido
Es perder lo ya ganado,
Y de nada al asno vale
Tener la cebada al rabo.
Y no hay mas que al hecho pecho,
Y para agua nació el pato
Que no es cosa lo del ojo,
Y un clavo saca otro clavo.

II.

Lo mismo digo á la tonta,
Viuda que tanto se enfrasca
Y que enseña la patita
Y hace dengues y monadas,
Atrapa á todo el que puede,
Y quiere á todo el que atrapa,
Y dice la muy coqueta
Que no hace nada en sustancia;
Que nació para soltera,
Pero no para casada,
Pues para saber de aquello
Con uno que tuvo basta;
Pero mientras tanto, vive
Como á la que algo le falta,
Y busca, rebusca y busca
Lo que quiere, pero no halla,
Y se conserva soltera,
Segun dicen porque gana
Los frutos de la esperiencia.
Son los refranes que hablan:
Toá la fruta la halla verde
La zorra cuando no alcanza;
Que una cosa es repicar
Y otra cosa cargar anda;

Que no todos los moscones
Van á quemarse las alas,
Y que moviendo el badajo
Suena cualquiera campana;
Que á buen hambre no hay pan duro,
Y á mas altura mas caida,
Y yá las moscas no pisan
Donde encuentran telarañas,
Que los ratones conocen
Las ratoneras usadas.

Mi opinion.

Ya que Adán se comió breva ó manzana
Cojida y regalada por su esposa,
Suframós esta vida borrascosa
Hasta que al mismo Dios le dé la gana.
Cumpla su maldicion la raza humana
Que pára y grite la mujer ociosa,
Y que todo varon no haga otra cosa
Que ganar hoy para comer mañana.
Que ni la monja escape, y á destajo
Mandele tisis y hambre el soberano
Y juanetes y callos por abajo,
Ya que conserva el organismo en vano;
Y hasta el fraile que vive sin trabajo
Que sude con el Nuncio y el verano.

A otro perro con el hueso.

Por cuanto U. deshonesta
Pasea noche y mañana,
Y se convierte en jarana
Donde U. vá toda fiesta,
Aunque mi crédito ileso
Dice U. no sufre nada,
No aguanto mas la pasada
Y á otro perro con el hueso.

Por cuanto á U. la modista
Le trae el vestido primero
Y cada mes un sombrero
Y remuda como artista
Juzgando que es un exceso
Lo que gasta en zarandajas
En adornos y en alhajas,
A otro perro con el hueso.

Por cuanto el modo sencillo
No me agrada ni el manejo
De la carne hasta el pellejo
Con el jugo del bolsillo,
Y me duele cada peso
Que yo saco y U. bota
Antes de la bancarrota,
A otro perro con el hueso.

Por cuanto U. cada dia
Me encuentra distinto amigo
Y sin besarme el ombligo
Hago con él compañía,
Veo que soy un tropezco
Para una marcha derecha,
Y siendo la vía estrecha;
A otro perro con el hueso.

Por cuanto U. gasta en coche
En cada viaje al comercio
Y mira con gran desprecio
A la que así no derroche
En ida, estada, y regreso
Alguna plata se gasta,
He dicho por gusto basta,
A otro perro con el hueso.

Por cuanto entre camaradas
Está U. con cuchicheos
Y con risas y meneos
Y otras mozonas pasadas,

No tengo ya humor para eso,
Quede todo donde quede
Que quien no puede no puede
Y á otro perro con el hueso.

Por tanto; vengo al presente
En decir, que U. no es nada
Ni chicha ni limonada,
Sino una moza indecente,
Y que desde ahora confieso
Que hice mal á boca llena
Y que no merece la pena,
Y á otro perro con el hueso.

Que como pasó el invierno
Se pasará U. el verano,
Que quiero desde temprano
Escapar ya de un infierno,
Que no soy yo tan camueso
Cuando la pobreza asoma
Para dar por que otro coma,
A otro perro con el hueso

V. M.

La mujer de Juan Jinojos
Está...pues!...embarazada,
Y es ya cosa demostrada
Que debe tener antojos.

—¡Juanito! Juan! que me muero
—¡Santa Bárbara me valga!
—Dejate morder la nalga...
Es un antojo...lo quiero...
—Que todo sea por Dios!
Contestó al salir del paso:
—Por evitar un fracaso...

¿No quieres morder las dos?

M. A. F.

HOJAS DE COCA.

TOMO 2.º

Artículos húmedos.

De venta en la librería de Don Benito Gil, calle de Bodegonos.

VERBOS Y GERUNDIOS

POR

RICARDO PALMA.

Edicion de Madrid. —Un tomo.

De venta en la librería de Benito Gil, calle de Bodegonos.

“LA BROMA”

ADMINISTRACION.

En la calle de la Botica de San Pedro, Núm. 72, de 8 á 10 de la mañana.

Sumario.

Seis por seis son treinta y seis (tradicion), RICARDO PALMA.—La niña de la ventana, MANUEL A. FUENTES.—Cuento Tradicional, JULIO L. JAIMES.—Juicio de Triguera (continuacion).—Los hombres políticos, BENITO NETO.—Una convalecencia criolla, V. MÉRIDA.—KALEIDOSCOPIO.—Cosas del tiempo etc, etc.

IMPRESA DEL ESTADO.